la obscuridad verá siempre consagrada su ilustración con algún nuevo título; siempre también — digámoslo claro — á despecho del progreso democrático, la vanidad ambiciosa buscará revestirse de prestado brillo; y el contagio crece de tal manera, que bien presto no habrá en nuestra nación una triste aldehuela que no haya cubierto con su nombre el obscuro apellido llevado por una ilustración desconocida.

No cabe duda que hay aquí abuso de derecho: mas el derecho tiene fuerzas para sobrevivir; está en la razón y en la naturaleza, y por encima de todas las ilustraciones dudosas, por encima de todos los nombres equívocos habrá siempre nombres gloriosos, razas de nobleza incontestable, familias ilustres, á las cuales el pueblo amará instintivamente, según escribía el Vizconde de Chateaubriand: *El pueblo siempre echará de menos la tumba de algunos señores de Montmorency, sobre la cual solía ponerse de rodillas para oir Misa* (1).

Y el mismo Chateaubriand, á pesar de las flaquezas de su vida, á pesar de la admiración y de las tristezas que hacen sentir á sus admiradores sus «Memorias de ultratumba,» dejará también nombre ilustre: su sepulcro quizás tendrá peregrinos; y si yo osara decir al joven

(1) *Genio del Cristianismo.*—Un gran nombre es, sin duda, la mejor herencia de familia; y el hombre ilustre, al trasmitir á sus hijos el brillo del nacimiento, les impone también la obligación de imitar sus virtudes: porque *nobleza obliga*, según el antiguo proverbio. Pero además: un gran nombre, un hombre famoso es la gloria de su nación, es la gloria de la humanidad entera: por la profunda razón de que es un nombre, es una persona en quien la Providencia ha hecho destellar sus admirables dones, y todos reclaman su parte en este honor tributado á la naturaleza humana. Ved por qué el instinto nacional siempre honrará los nombres gloriosos y las familias de abolengo.

heredero de su sangre ó á cualquiera de los nombres heroicos del Imperio, al señor Duque de Montebello, por ejemplo, que el nombre que lleva no es nada, no vale nada, ni uno ni otro me creerían, y tendrían razón que les sobra; ni tampoco me creería el pueblo. La misma severidad con que se piden grandes virtudes á los grandes nombres, ¿no es un justo pero irrefragable testimonio del homenaje natural é instintivo que les rinde la opinión?

Si este prejuicio ha quedado tan vivo en nuestra patria es porque — para mi pecho francés — ninguna otra nación ha sido más rica en verdaderos nombres ilustres, en legítimas glorias. La antigua nobleza de Francia debe su esplendor y su imperecedera gloria al sacrificio que de su vida hizo heroicamente durante catorce siglos. Desde Clodoveo, la raza francesa no ha cesado de verter su sangre por la causa de Dios, de los pobres y de la patria, en todos los campos de batalla, en Asia, en Africa y en Europa. También la nobleza más moderna conquistó sus blasones y divisas á precio de su sangre, aunque siempre habrán menester una tradición sostenida por herederos dignos y confirmada por el tiempo.

Ahora, pues, volviendo á bajar de estas elevadas generales consideraciones al asunto práctico que voy tratando, diré llanamente á los hijos de los nombres heroicos, á los herederos de esas ilustres familias: En una nación gloriosa y valiente, donde la gloria será siempre pasión, y los recuerdos históricos grandeza, mientras fuereis dignos de vuestro nombre, estaréis en primera línea; digan lo que quieran los de abajo contra vosotros, tendréis siempre el lugar primero. La patria misma os lo dará. Siempre seréis vosotros quien

lo llevéis con mérito igual; y si la justicia individual parece lastimada por esta preferencia, hay otra justicia más alta, la justicia nacional, que con ello se verá muy satisfecha.

Sí; un nombre famoso, sostenido por bien formada Educación, tendrá siempre fortuna en nuestra patria; y me felicito de poderlo decir á honra de nuestros tiempos: aquí no nos faltan modelos, aun entre nuestros jóvenes contemporáneos.

Pero ¡NO HACER NADA! en medio de este universal movimiento de todas las clases sociales que tienden á mejorarse, á ennoblecerse, á elevarse, á enriquecerse por medio de la industria, del comercio, de la agricultura, por medio de los empleos de la vida política, NO HACER NADA, es abdicar, es aniquilarse. No comprender que vivimos en tiempos en que precisa hacerse perdonar la fortuna heredada de sus padres; autorizar á títulos recién acuñados, para que digan que los hijos de las grandes familias, en medio del universal progreso, se quedan fosilizados en sus prejuicios de raza, estacionados en su fortuna, retrógados en sus ideas, que ¡NO HACEN NADA NI QUIEREN HACER NADA!... ¡eso no es posible!

¿No ven, ésos de quienes hablo, que al lujo y á la ociosidad se junta la partición de las propiedades y y la igualdad de las herencias, factores que contribuyen á disminuirlas, á fraccionarlas y á devorarlas? Para muchos ¡ay! todo brilla todavía por de fuera: mas por dentro todo es miseria y ruina. ¡NO HACER NADA!... pero ¡si desde el punto de vista material, es el aniquilamiento de la única cosa que todavía les comunica alguna superioridad sobre los demás: la propiedad!

En otro tiempo, tenían el glorioso privilegio del servicio militar, eran los primeros en guerrear, en derramar la sangre por la patria. Ciertamente, eso era algo; por ahí venían á ser grandes.

Si la cultura de las almas no ganaba nada con eso, siquiera se robustecía el carácter. La caballerosidad, el sacrificio heroico y todas las virtudes guerreras que han hecho de nuestra patria una de las primeras naciones de Europa, desplegábanse allí en toda su fuerza y esplendor.

Hoy han cambiado las cosas: la espada, el valor son y serán siempre de gran precio entre nosotros; pero hoy en día todas las manos pueden empuñar la espada. La comandancia de los ejércitos no es ya un privilegio; como la corona de Felipe Augusto, el mando es para el más digno. Por otro lado, la guerra tiende á desaparecer ¡bendito Dios, que así fuera! parece haber obedecido á la voz de la antigüedad: *cedant arma togæ;* hoy día cede el lugar á la industria, al comercio, á la política, á la ciencia, á las artes; á lo menos — en cuanto puede asegurarlo la corta previsión humana — éste parece ser el porvenir de Europa.

Desechar con desdén el comercio, la industria, hasta la magistratura y la mayor parte de las carreras públicas, ¿es prejuicio ó es razón? No creerse bueno para ningún otro empleo, para ninguna otra gloria que para el empleo y la gloria de las armas, ¿es justicia y sabiduría?

Génova, Venecia, Cartago y Florencia, reinas de los mares, señoras del comercio de Oriente y de Occidente, de otra manera pensaban. La nobleza genovesa, veneciana y florentina, ¿no elevó por ventura sus alianzas tan alto como las antiguas casas reales de

Europa? Y ¿no son estas experiencias y estos ejemplos una lección, una perentoria respuesta á los herederos de estas grandes familias que entre nosotros se condenan á no hacer nada, y que, por necesaria consecuencia, se depravan, se quedan sin inteligencia, sin influjo, sin acción? ¡Cuántas veces he oído á los hombres más eminentes de la patria gemir amargamente por la suerte de esos mismos cuya causa defiendo en estos momentos! su propia causa es la que defiendo yo contra ellos mismos. ¿Qué hombre formal, qué mujer honrada no han deplorado la vida de tantos jóvenes que semejan querer abdicar de la dignidad de su nacimiento; que no saben — por valerme de la expresión tan vulgar ¡ay! y tan conocida — ¡no saben más que rondar las calles de París!

Las calles de París, es decir, los garitos, los clubs, el Bulevar de los Italianos, el juego sin tasa ni freno, los sitios de público espectáculo, los caballos, los perros, las mujeres... y otras bajezas que no se pueden oir...

¡Esas son las deplorables consecuencias del pretendido axioma: ¡NO HACER NADA!

Mas el funesto prejuicio de que el hombre de nuestros días no debe hacer nada, ó, cuando menos, puede no hacer nada, no es enteramente el mismo que el que circulaba en la edad media, cuando los gentileshombres y los señores pretendían que no debían saber nada, ni siquiera leer ni escribir; que no habían sido criados más que para dar recios mandobles y tajantes sablazos, y que la ciencia y las letras no sentaban bien más que en clérigos y pecheros.

Este prejuicio, que, á lo menos, tenía algo de enérgico y de arrogante en su nativa rudeza, hase perpetuado más de lo que se piensa en las costumbres

francesas, perdido lo que tenía de enérgico y caballeroso. De ahí nacía en otro tiempo — y aun nos queda un poquillo en nuestros días — el temor á la Educación pública; de ahí el que tantos niños nobles se vieran condenados á la Educación privada, ó sea, por punto general, á la molicie de carácter y á la medianía de talento, salvas honrosas y rarísimas excepciones.

A un señor de mucho juicio oí decir estas notables palabras:

Un gobierno usurpador y astuto que quisiera desentenderse de las familias de abolengo, y desarraigarlas del país, podría limitarse á exigir que, por respeto á sí mismas, educaran á sus hijos en su propio seno, solos, aislados, lejos de sus semejantes, en el estrecho recinto de la Educación particular y con preceptores privados.

No temo discurrir así: ahí estuvo siempre el gran peligro de las familias reales y de las Educaciones de príncipes.

En su tiempo Bossuet expresaba al hijo de Luis XIV su sentir sobre el particular en los siguientes términos:

«Lo que hace que los hombres de alta posición, si mucho no se recatan, degeneren fácilmente en la pereza y en cierta especie de languidez, es la abundancia en que nacieron. A los otros hombres despiértalos su propia necesidad, y el cuidado de su fortuna los aguija sin cesar al trabajo. Pero aquéllos á quienes de suyo se les ponen delante los bienes necesarios no sólo para la vida, mas también para el placer y para las grandezas, no tienen nada que ganar con el trabajo. Mas no creáis que la sabiduría se os venga de la misma manera, y sin que hayáis de trabajar se-

riamente en su consecución. No está en la mano del hombre poner en su alma los arreos de las virtudes y de las ciencias, sin hacer nada de su parte. Tenéis que excitaros á vos mismo, aplicaros al trabajo, para que se eduque vuestra razón. Esa debe ser toda vuestra ocupación; no tenéis que hacer más que eso, ni que pensar más que en eso. ¿No sois harto feliz en que las cosas estén de tal manera dispuestas que los demás trabajos no digan con vos, y que únicamente tengáis que cultivar vuestro espíritu y formar vuestra inteligencia?»

Luis XIV, que, por experiencia propia, había palpado la desgracia de una Educación descuidada, quiso ahorrar á su hijo y á sus nietos este peligro; y por sí mismo trazó con severidad admirable la regla del trabajo para el Delfín.

Ved lo que sobre el particular escribía Bossuet al papa Inocencio XII:

«La ley que el Rey nuestro señor ha impuesto á los estudios es la de que no debe dejar que pase ningún día sin estudiar alguna cosa. Juzga que hay gran diferencia entre estarse todo el día sin trabajar, y tomar algunas diversiones para distraer el espíritu. Preciso es que el niño juegue y se divierta: esto le excita; pero no conviene dejarle que se entregue al juego y al placer de tal suerte que no se lo llame un rato cada día á cosas más serias, pues el estudio sería lánguido si fuera muy interrumpido. Como toda la vida de los príncipes está ocupada, y ningún día está exento de graves cuidados, bueno es ejercitarlos desde la niñez en cosas serias, y hacerles aplicarse á ellas cada día durante algunas horas, á fin de que su espíritu se vaya avezando al trabajo y esté acostumbrado á cosas graves, para cuando haya de tratar negocios de importancia (1)».

Como hubiera yo de dar consejos importantes á las familias de abolengo, que todavía quedan en nuestra patria, diríales: No temáis lo que es bendición del cielo; tened gran número de hijos: prole numerosa es la riqueza de un padre, de su nombre, de su familia.

Casadlos bien; dadles esposas santas á toda prueba y de sincera piedad; haced casamientos dignos, fecundos, sin tacha; alianzas irreprochables, de las cuales nazca una raza fuerte y santa.

Educad con energía á vuestros hijos; dad á todos sólida y brillante Educación, y después dadles carrera; pues, aun cuando la igualdad en las particiones no dejase á cada uno de ellos más que una fortuna mediana, serán grandes y ricos por su Educación, por su industria, por su trabajo, por su nombre, por su mismo número. Se sostendrán, se ayudarán y se harán fuertes los unos á los otros en los diversos puestos en que la Providencia y la ilustrada solicitud de sus padres los haya llamado á figurar.

Es una observación que no dejan de ver claro los hombres atentos, los talentos que con cristiana y religiosa mirada siguen el curso de las cosas, las trazas de la Providencia: hay una bendición visible, bendición hasta temporal, para las familias numerosas; y casi siempre he visto realizarse en favor suyo los deseos que dejaban en manos de la divina voluntad, con noble resignación en su bondad soberana, á los cuales deseos en tantos otros reemplazan cálculos culpables, y siempre mezquinos é impotentes.

---

(1) Bossuet, *De Inst. Delph.*

Entre estos numerosos hijos, muchos, si no todos, tendrán naturales privilegiados: si se los educa bien, vendrán á ser hombres superiores, que honrarán á sus hermanos, sostendrán su nombre, enriquecerán su linaje, ilustrarán su familia, gobernarán y quizás salvarán su patria.

Sí, Dios los bendecirá. ¿Por qué se ve con tanta frecuencia desaparecer grandes nombres entre las sombras del olvido? ¿secarse nobles y antiguos troncos? Porque allí no se encontraba más que uno ó dos hijos: quizás un hijo único, muellemente educado, que deshonró su sangre.

He hablado más arriba de niños mimados: rarísimo es que donde hay numerosos hijos haya niños mimados.

El hijo, la hija única son casi siempre el ídolo de la familia, objeto de las más frívolas solicitudes. No hay cuidado serio, no hay pensamiento elevado en la Educación de estos hijos, de los cuales no se piensa hacer más que seres destinados á los goces y á las diversiones del mundo; seguros de ser ricos sin jamás hacer nada, sin jamás trabajar, sin tomarse jamás la menor molestia. ¿Cómo se quiere encontrar en estas Educaciones ruines la bendición de Dios, y en esos otros mezquinos cálculos de la fortuna, en esos bajos é impíos cómputos sobre el porvenir, donde para nada se cuenta con la divina Providencia?

Sin duda, se necesitan en la familia jefes respetables por su fortuna, en cuanto sea posible: y es cosa que nuestras modernas leyes tienen muy olvidada. Pero también se necesitan numerosas ramas que se sostengan, se extiendan y se apoyen las unas á las otras.

Séame permitido repetirlo á estos padres de familias antiguas: Si sabéis dar á vuestros numerosos hijos esmerada Educación intelectual, estarán siempre y en todas partes á la cabeza de sus conciudadanos: lo primero por su valor, cuando fuere necesario. Los campos de batalla os hallarán tal como siempre habéis sido. Vuestra sangre no faltará jamás.—Serán también los primeros por su talento: si queréis, podéis; siempre lo habéis podido, y muchísimas veces lo habéis hecho. Testigos, Turena y Condé, d'Aguesseau, el cardenal de Polignac, La Rochefoucauld, Fenelón y tantos otros.

Dejad que prospere la industria: que no está destinada á la conquista del mundo; y aun cuando lo estuviera, si dejáis á los industriales no aspirar—como lo hacen—más que á una Educación común y profesional; si, tomando lo que conviene de esta Educación inferior, sabéis elevaros más alto, fortaleceros, ennobleceros, haceros ilustres por la esmerada Educación de vuestra inteligencia, lo dominaréis todo; por necesidad lo arrastraréis todo: gobernaréis, dirigiréis hasta la industria inclusive; la salvaréis de sus excesos; la elevaréis hasta vosotros, y siempre quedaréis en vuestro sitio, continuaréis siendo lo que erais: un Montmorency, un d'Arcourt, ú otro cualquiera de estos nombres famosos que se imponen á la opinión por el prestigio de su familia.

Y si estos gloriosos destinos os maravillan, si os parecen estar muy por encima de vuestra edad, aun no os concederé que, renunciando á ellos, no debéis hacer nada en este mundo. Jamás os concederé que podáis estar sin trabajar en la vida.

No; la caza, las novelas, los caballos y los perros no

bastan para nada ni para nadie. Diréos con las santas Escrituras: *Non oderis opera laboriosa, et rusticationem creatam ab Altissimo*: *No te desdeñes del trabajo, ni siquiera del trabajo de la tierra y de la agricultura que fué creada por el Altísimo.* La agricultura es fundamento de la vida humana.

Si la industria y el comercio no arman á vuestros intentos y aptitudes, sed uno de tantos fuertes é ilustres agricultores de vuestra comarca, si es que podéis. También ahí tendréis útil y gloriosa labor. Sed fieles al suelo que ha creado vuestro nombre y vuestra fortuna, y el suelo, á su vez, os será fiel, y los pueblos os bendecirán. Si de veinticinco años á esta parte os bendicen menos, es porque los tenéis muy abandonados.

¿Por qué, desdeñando vuestra verdadera y sólida grandeza, iríais á arrastrar en París una vida indigna de vosotros, metidos en los ruinosos círculos del juego y del placer? ¿Por qué ir á arrojar el resto de vuestros bienes en los abismos del lujo y de todos los devaneos á que despeña la ociosidad, mejor que habitar honradamente vuestras tierras, mejor que echar en vuestro país profundas raíces que ni las revoluciones puedan arrancar, mejor que haceros amar y respetar, en fuerza de repartir en vuestro derredor beneficios sobre los pueblos necesitados, que sólo desean daros libremente el tributo á que estaban obligados ya desde el tiempo de vuestros abuelos?

¿Para qué dejar tan nobles cuidados á vuestros administradores, á vuestros intendentes, á vuestros notarios, á vuestros abogados que se hacen amar y estimar en lugar vuestro, que en realidad de verdad os suplantan y son los genuinos representantes del pueblo, cuando debíais serlo vosotros?

Hay en la divina Escritura una palabra cuyo peso ruego á Dios no caiga sobre ninguno de mis paisanos; pero á fe que es palabra terrible y pavorosa, si las hubo jamás, dignísima de ser meditada por todo el mundo. Oidla: *Los hombres dados al placer*, dice el Espíritu Santo por boca de Amós profeta *serán destruídos: auferetur factio lascivientium.*

Concluyamos: aquí bajo todo el mundo tiene algo que hacer, una ruta que seguir, un blanco á que asestar, un trabajo que cumplir, un lugar que ocupar: en una palabra, graves obligaciones, serios deberes que cumplir.

El trabajo, que es la aplicación del alma, es también su fuerza y su gloria. Sin trabajo, sin aplicación, nadie puede ser útil ni en este mundo ni en el otro.

Dios y los hombres desprecian, abominan, rechazan como siervo sin provecho, al hombre que no hace nada, que no vale para nada.

Sólo la aplicación y el trabajo forman grandes hombres, grandes sabios, verdaderos genios.

Hoy en día es esto rarísimo, porque no se conoce el trabajo serio, la aplicación profunda y concienzuda. Poetas, literatos, historiadores, filósofos no trabajan con tesón; y hasta sabemos en lo que ha venido á parar la mayoría de ellos de cincuenta años á esta parte.

Y si los difíciles tiempos que atravesamos no os permiten aspirar al desempeño de cargos públicos;

Sabed, cuando menos, aplicaros al gobierno de vuestra familia, de vuestros criados, de vuestros hijos. Procurad adquirir los conocimientos agrícolas, industriales y aun comerciales que exige la naturaleza de vuestros bienes y de vuestras rentas, para nombrar las

cosas por su propio nombre cuando tratéis de vuestros molinos, de vuestras tierras, de vuestros ganados. De todo esto sabed siquiera lo necesario para tomar á vuestros subordinados cuentas exactas y cabales.

Cuidad, sobre todo, de vuestros hijos y de su Educación: ¡obra grandiosa á la cual nunca debéis ser extraños!

Cuidad de vuestros criados, ya que en tan triste abandono viven los más. Cuidad de las buenas obras: sabed fundarlas generosamente y propagarlas con celo. Conversad con los lugareños que os rodean, haceos amar de ellos; aliviad á los pobres; sed en vuestro municipio y en vuestra provincia hombre de provecho, consejero discreto y caritativo. Mejoradlo todo en vuestro derredor: puentes, caminos, iglesias, escuelas, casas consistoriales, en una palabra todo.

Y más que ninguna otra cosa recordad esta última enseñanza que voy á daros: y es que, sean cuales fueren las desgracias de los tiempos, jamás podrá permitirse sacrificar la sociedad, las costumbres, la Religión, sacrificarse á sí mismo y á sus hijos en aras de mezquinos intereses, de los pasajeros intereses de una política rastrera, y hacer de las revoluciones, títulos de ociosidad y de vagancia.

¿Habrá de ser verdad que jamás hubo en Francia hombres de Estado que no vieran con profunda pena lo que viene á ser entre nosotros la juventud opulenta? ¿Será posible que una habilidad y astucia profundas hayan creído que el país se hallará bien, para el presente y para lo porvenir, con carreras en el hipódromo, con gomosos y pisaverdes, con perdonavidas, y con todas esas sociedades elegantes y corrompidas de jóvenes que abdican de su dignidad y se olvidan de

sí mismos, y parecen haber dicho á su patria: ¡Con nosotros no tienes que contar para nada!...

No lo puedo creer: sería esto muy extraña ceguera. No, no; la juventud ociosa, la juventud casquivana, por muy brillante y elegante que sea no es buena para un país, ni en tiempo de paz ni en estado de guerra; ni la sociedad, ni la política, ni la Religión, ni la moral, ni lo presente, ni lo pervenir, pueden estar satisfechos de ella.

He dicho lo bastante sobre esta materia: quizás demasiado. Mas yo aseguro no haber pretendido otra cosa que ser útil y cumplir religiosamente con mi deber.

Hay, pues, para cada hombre lugar y obligaciones concretas y distintas en este mundo.

¿Cuál es este lugar, cuáles son estos deberes? ¿Quién decidirá de la elección que debe hacerse? ¿Serán el azar, el capricho ó la violencia? No; que lo será la Providencia divina, porque aquí bajo nada sucede á la ventura. En este punto, nada puede librarse al azar: para cada persona, para cada estado hay vocación de Dios.

Es lo queda por examinar, para esclarecimiento de la grave cuestión que llevamos entre manos.